

CELCIT. Dramática Latinoamericana 362

# SOMNIUM

Enrique Papatino

PERSONAJES: M (2) / F (2)

Johannes Kepler, matemático alemán

Su Madre

Tycho Brahe, astrónomo danés

Catalina, su mujer

Prefacio

La luna nos exige de la necesidad de ser originales. Tan prodigioso es su encanto. Abastece todas las ambiciones poéticas sin dejar huérfanas.

Hasta Kepler se tentó con viajar a ella y observar la aurora y el crepúsculo de su mundo celeste desde allí.

Como él, visitamos la luna periódicamente. Liberados de toda presión literaria, padecemos su seducción nocturna, como lobizones legendarios. Alzamos la vista y el pensamiento se congela. Nos parece ser (quisiéramos ser) emisarios alados, portadores de no importa qué exóticos correos, con tal de recorrer su vasto espacio blanco tiniebla.

*Somnium* es el resultado de esas formidables digresiones que, reunidas con la joven voz de mi madre, pueblan los anaqueles del silencio y todavía hoy lo dicen todo.

Al encenderse la luz, Catalina, una bella mujer próxima a la mediana edad, susurra suavemente una melodía medieval, mientras se acompaña con una guitarra. Kepler, un hombre de edad similar se aproxima a ella y le coloca una mano sobre su espalda. Sin saludarse, ambos se miran, sonrían sin pasión y continúan con lo suyo. En otro lugar del espacio, una mujer mayor, con un paño en su cabeza, observa inmutable. El cuarto personaje aguarda en una silla en la más profunda quietud y con la cabeza sobre su pecho, como dormido. Los seres que pueblan la escena se ven como quienes han vuelto ya de la felicidad y del espanto, y se dedican a la contemplación sin culpa ni condena. Kepler saca los anteojos de su traje y se los pone mientras se acomoda en el centro de la escena. Hondo y enfático, pero no exento de una calma sobrenatural, se dirigirá al público. Catalina calla, tal vez su guitarra acaricie cálida y tenuemente las palabras de aquél.

KEPLER.- A quienes hemos vivido la historia, se nos da a veces la posibilidad de contarla. Es una posibilidad modesta, pero inquietante. Hoy puedo hablarles, decir cosas que nunca he dicho y algunas que ni siquiera he pensado. Todo ello gracias al mágico sendero de la invención, del que en un principio fui detractor. Una buena parte de mi vida estuvo signada por el cálculo matemático de las posibilidades. Si bien mentí con el objeto de ganarme la vida, en el fondo de mi alma me negué a toda especulación que no tuviese bases estables. El tiempo me quiso demostrar que no todo podía regirse por logaritmos. Yo no imaginaba la conquista de la verdad por otros medios. Aunque sabía que no vemos todo lo que existe, alcé la vista al cielo y busqué la verdad en él, la causa, el significado de lo que somos. No fue tarea fácil. Fui corto de vista, irracionalmente tímido, y bastante estúpido para la observación celeste. Además viví en un tiempo donde la superstición era mayor que la razón. Pero el concepto de infinito alarmaba mis noches desde chico, así que, muy a pesar de mi terca necesidad de exactitud, levantaba vuelo con mi imaginación, y ella me llevaba a las estrellas.

Kepler alza la vista. La luz cambia. De pronto se comporta como un niño. La mujer mayor lo sorprende en plena observación. En su apostura notamos que no es una madre corriente. Se trata de una adivina. Se acerca al niño y lleva sus manos a la cintura.

MADRE.- ¿Qué mirás, Verruga?

KEPLER.- El cielo.

La Madre levanta la vista y la vuelve a dirigir a Kepler.

KEPLER.- (Con un dedo hacia el espacio) Me pregunto si esa estrella púrpura no será en realidad un planeta.

MADRE.- (Alzando dos lentes enfrentados) ¿Cuál?

KEPLER.- (Levemente intrigado por el funcionamiento de los lentes que alza su madre) Aquella, debajo de la constelación de Andrómeda.

MADRE.- ¿Dónde?

KEPLER.- (Señalando) Allá.

MADRE.- Esa no es Andrómeda. Es Pegaso, muchachito.

KEPLER.- Sí, bueno, pero ¿será un planeta?

MADRE.- (Con vivaz convicción, volviendo a sus tareas y hablando casi de memoria) Los planetas no brillan, Verruga. Vesper, es la estrella de la tarde y Levanía, la estrella de la noche. Todos giran alrededor nuestro. En ellos están grabados el presente y el futuro. Lo demás son sentencias que inventan los astrónomos para aturdir nuestros sortilegios.

KEPLER.- ¿Dónde termina el cielo, mamá?

La madre deja lo que está haciendo, mira al niño y sonríe.

MADRE.- ¿Quieres viajar a Levanía?

Kepler hace un gesto afirmativo y, sonriendo, vuelve la vista al público.

KEPLER.- Mi madre era una conocida pitonisa en los alrededores de Würtemberg. Le complacía ignorar los descubrimientos astronómicos y poner todo en los términos de un pequeño mundo de alquimia fantástica. Era además curandera y la inquisición terminó por perseguirla, ya que algunos de sus hechizos se hicieron famosos.

Kepler, ahora adolescente, más armado y escrupuloso, se apoya sobre una mesa, toma un compás y lo hace girar sobre un dibujo. Alza una bola de madera y la aleja del dibujo. Mira al vacío.

MADRE.- ¿Qué mirás, Verruga?

KEPLER.- El cielo

MADRE.- ¿Vesper de nuevo?

KEPLER.- (Corrigiendo) Venus de nuevo.

MADRE.- (Se le acerca y mira el cielo junto a él) No sería más fácil con Levanía.

KEPLER.- No mamá. La Luna está demasiado cerca, se mueve en círculos y no retrocede. No puedo demostrar nada con la Luna. Pero Venus está más atrás que ayer. (Mirando el cielo con certeza) no puede girar alrededor de nosotros. Venus y nosotros giramos juntos alrededor de otra cosa.

MADRE.- El cielo es una invención de esposas. Tejido y estrellas. Pan horneado y Luna. Ropa limpia y Sol. ¿Qué es lo que buscás allá arriba? ¿Qué hay allí que en tu interior no se revele tarde o temprano?

KEPLER.- La luz.

MADRE.- Al alba la tendrás, y exuberante. ¿Por qué esa estúpida obsesión por el movimiento de Vesper?

KEPLER.- (Calmo, en lo suyo) ¿Por qué cantan los pájaros?

MADRE.- Hay misterios que no conviene socavar. No sabemos que hay del otro lado.

KEPLER.- Necesitamos saber qué hay del otro lado.

MADRE.- A mí me parece una bobada.

KEPLER.- Los misterios existen para que la mente siempre tenga su alimento básico.

MADRE.- No. Existen para prevenir el aburrimiento.

KEPLER.- (Mientras alza la bola de madera) Bueno, viene a ser lo mismo.

La mujer le arrebató la bola de madera y la golpea sobre la mesa.

MADRE.- Sería mejor que jugaras con los números... y dejaras en paz al universo.

Kepler se vuelve al público.

KEPLER.- Naturalmente no le hice caso. Nunca hubiera podido. Estuve años midiendo los cielos, ensayando posibilidades que quedaron en la nada, hasta que llegué a Praga.

Se dirige raudamente hacia uno de los extremos del escenario, al otro se presenta Catalina.

CATALINA.- ¿Señor?

KEPLER.- Me ha mandado llamar el señor Brahe.

CATALINA.- (Sonríe. Ha alzado la mano) Ah, Usted es el alemán.

KEPLER.- (Besando la mano alzada) Johannes Kepler. (A público, pícaramente enciclopédico) 1571-1630 (A Catalina, continuando) A su servicio.

CATALINA.- Estamos cenando, ¿le gustaría venir con nosotros?

Kepler, rascándose la barbilla, se vuelve hacia el público.

KEPLER.- Me gustaría ser completamente honesto, narrarles con la mayor exactitud posible lo que ocurrió ese día en Praga. Padecí hasta mi muerte el mal de la obstinación por la minuciosa exactitud. Los hechos, inertes e intangibles en

la memoria, se rescriben al contarlos. Se llenan de una luz que, como la luz de los planetas, no les pertenece, y los lleva a un color que tal vez no sea el real. Esto es penoso, pero no tengo otra posibilidad. Probablemente Catalina no me haya invitado ese mismo día a cenar. Tengo la impresión de que llegué pasada la primera tarde. Me parece... sí, es posible que...

Kepler se vuelve a Catalina. Pero permanece pensativo.

CATALINA.- (Amable) Estamos esperando la cena, sería de nuestro agrado que cenara con nosotros.

KEPLER.- (A público) Ahora creo recordar que mi primera impresión de Catalina fue espantosa.

CATALINA.- (Adusta) ¿Desea?

KEPLER.- Me ha mandado llamar el señor Brahe.

CATALINA.- Ahora no está. Vuelva mañana.

KEPLER.- Es que... yo... Bueno. Dígame por favor donde puedo encontrar un hostel.

CATALINA.- Ustedes, los astrónomos, son todos iguales. Miran con la cabeza en alto, como quien examina y denigra cuando examina, y concluyen en que el mundo está a sus pies y si no debería estarlo. Van por ahí como si la vida o el tiempo les debieran algo.

KEPLER.- Solamente quería, hasta tanto pudiera...

CATALINA.- ¿Qué le pasa? ¿Es que se supone que le tengo que dar alojamiento?

KEPLER.- Sólo preguntaba si hay alguna posada...

CATALINA.- Eso no lo sé. No necesito esa información. Tengo donde vivir.

KEPLER.- (Con estúpida timidez, alzando una carta) Es que... no sé si me entiende... no vine por mi cuenta, vine porque el señor Brahe me ha mandado llamar, señora.

CATALINA.- Mi marido no está, vuelva cuando esté.

KEPLER.- ¿Y eso, con el debido respeto, cuándo será?

CATALINA.- (Venenosa) Cuando el Sol pase por Piscis.

Catalina gira violentamente y lo abandona, como si diera un portazo.

KEPLER.- (A público) No quisiera ser descortés con Catalina, pero creo que debió ocurrir algo así, porque mis primeros días en Praga no estuve en la casa solariega de Tycho Brahe, sino en una posada donde conocí a Andreas, que luego trabajaría con Galileo. En fin, mi llegada no pudo ser peor. Me presenté en otras dos ocasiones sin mayor éxito.

Vuelve Catalina, ya molesta.

CATALINA.- Le dije que no está.

KEPLER.- Vea. He venido de Graz en un viaje espantoso, que encima me ha costado una fortuna. El señor Brahe me ha prometido un sueldo y un lugar donde vivir. Debo recoger a mi familia y pagar la posada. No puedo esperar más.

CATALINA.- Vuélvase a Graz nomás.

KEPLER.- Usted se ríe de mí.

CATALINA.- ¿Y si así fuera?

Luego de una pausa, Catalina empieza a reír furiosamente. Kepler, en el cenit de la vergüenza opta por marcharse.

KEPLER.- Hasta luego.

CATALINA.- (Volviendo de su tentación) Espere un minuto.

KEPLER.- (A público) Nunca pude saber qué dioses o demonios gobernaban la mente de esa mujer. Tampoco cuales gobernaban la mía.

Desde una esquina, la madre.

MADRE.- No confíes en nadie, Verruga. Ni en tí mismo. Mirá siempre a tu alrededor. Ojos extensos, que todo lo vigilen. Y calláte. Recorré cada paraje sin abrir tu bocota. Aquél o aquélla que te quite todo lo que tenés, estará siempre cerca, cenando con vos, o en tu cama, pretendiendo el amor.

KEPLER.- (A público) Praga era un bello lugar. Pero en el momento de mi llegada me pareció el infierno. Por fortuna Catalina abandonó sus juegos infantiles...

CATALINA.-... como mirar las estrellas...

KEPLER.-... y me dejó llegar hasta Tycho Brahe.

El cuarto personaje levanta su cabeza. Es robusto y carga un aire mundano. Nadie diría que se trata de un genio de la observación astronómica. Antes parece un noble infecundo, golfo y aventurero. Le falta media nariz, en su lugar vemos un trozo de metal dorado. Se comportará como un monarca. Es Tycho Brahe. Ambos hombres, sentados uno frente al otro, dialogan con aparente amabilidad.

TYCHO.- Ausburgo me deparaba el más inquietante de los desafíos. Había un estudiante, un granuja que de matemático no tenía ni el sombrero, que calculó rápidamente tres integrales simultáneas. El problema fue que festejó este hecho como si hubiera determinado la órbita de Marte. Y a mí no me gustó nada. Si hay algo que no tolero es la petulancia de los demás. Me le acerqué y le dije:

“Panzón, con estos cálculos me divertía en el colegio, a los seis años”. Casi como picado por una víbora, el bribón desenvainó un sacabuche de hierro y me retó a duelo.

KEPLER.- (A público) Tycho era extremadamente minucioso en sus relatos.

TYCHO.- De primera intención, no quería batirme, pese a mi ya firme y bien ganada fama de duelista. Supuse que el lance podía resolverse dentro del perímetro de la palabra. Pero el imberbe insistía en batirse. Mi segunda propuesta fue definir los términos de la contienda juzgando quién de los dos era más veloz para el cálculo logarítmico. Su negativa me dio la victoria en términos matemáticos. Pero su sacabuche estaba desenvainado y ya no había opción que no fuera la disputa corporal. Yo sólo contaba con el palo de amasar de mi tía Rosamunda, que siempre tenía conmigo.

KEPLER.- Ignoraba su habilidad para la gastronomía.

TYCHO.- No la poseo en absoluto.

KEPLER.- (Con un rictus que amenaza ser risa) ¿Y para qué el palo?

TYCHO.- Me era útil para mis mediciones astronómicas.

KEPLER.- (Súbitamente serio) Ya.

TYCHO.- El caso es que ensayó un golpe fatal cerca del ojo derecho. En mi intención de protegerlo interpuse el palo de Rosamunda entre mi ojo y el sacabuche, con tan buena suerte que protegí mi visión, gracias a la cual debo todo lo que soy, pero a la vez con la desdicha de perder buena parte de mi nariz, y por completo el sentido del olfato...

Durante el texto de Kepler, Tycho continúa hablando por lo bajo, acaso riendo cada tanto.

KEPLER.- (A público) El relato duró en realidad unas cinco horas. No es que Tycho hablara de corrido. Nuestra conversación fue alternativamente interrumpida por algunas mujeres que envolvían a Brahe en halagos y caricias viscosas, y también ayudantes, aduladores, parásitos varios, e incluso por un sabroso pavo adobado, del que yo también comí con avidez. Pero no encontraba el modo de hablar con Tycho del único objeto de toda mi preocupación.

TYCHO.-... sin embargo, la nueva nariz más allá de reparar el daño estético, debía enaltecer esa cierta grandeza de la que pocos hombres somos capaces. El centro del semblante debía poseer los atributos del Universo. Eché un vistazo a los cielos y allí busqué mi inspiración. ¿Qué hay en el centro? me dije. ¿Las nubes plateadas de la tierra, o el fuego dorado del Sol?...

Durante el relato de Kepler, Tycho continuará hablando hasta adormecerse.

KEPLER.- (A público) Cuando era adolescente la iglesia aprobaba oficialmente el sistema de Tolomeo: (dibujando con las manos en el espacio) la tierra inmóvil en el centro, el Sol y los planetas a nuestro alrededor. Casi por accidente conocí las ideas de Copérnico: Nosotros, con los demás planetas, errando lentamente alrededor de la estrella, en permanente movimiento. En ese preciso instante, mientras veía a Tycho hablar, comer o dormir, él, y yo, y las doncellas lujuriosas, y el pavo, y la Tierra toda, viajábamos a ciento siete mil kilómetros por hora, alrededor del Sol. Era turbador.

TYCHO.-... ¿Oro como fuego o plata como nubes? ¿Qué hay en el centro?

KEPLER.- ¿Y qué se contestó?

TYCHO.- (Pícaro) Ah, Usted quiere datos. Bueno, muy bien. Hay dos centros de magnetismo. Uno es el Sol en derredor del cual giran los demás planetas. El otro, más poderoso, es la Tierra, y en su entorno el Sol con su sistema.

KEPLER.- ¿La Tierra en el centro, le parece?

La madre, ha comenzado un conjuro, alzando sus manos hacia el cielo. Frente a ella una vasija de la que posiblemente escapa un vaho ligero.

MADRE.- Después que Eurínome hubiera creado el cielo, y que el cielo hubiera creado la tierra, y la tierra hubiera creado los ríos, y los ríos hubieran creado los pantanos, y los pantanos hubieran creado el gusano; el gusano se presentó llorando ante Eurínome y le dijo: ¿Qué vas a darme de comer, y qué de beber?

KEPLER.- (A público) En mi época la superstición era un bálsamo accesible para la gente desvalida y para la no tan desvalida. Mi madre, por ejemplo, me mantuvo gracias a lo que ganaba curando el dolor de muelas.

MADRE.- Y Eurínome respondió: "Te daré higos secos". "¿De qué me sirve un higo seco? contestó el gusano malvado. "Dame algún diente para que me pueda alimentar" Por haber dicho esto, ¡Ah, que Eurínome te castigue con el poder de su mano!

La Madre arroja unos polvos en la vasija y en ésta deflagra una diminuta explosión.

KEPLER.- (A público) Dios proporciona a cada animal sus medios de sustento. A los actores, les dio la venta de artesanías. A las viudas, la hechicería. Pues bien, a los astrónomos nos dio la astrología. Como astrólogo logré tener un salario modesto pero útil. Yo no creía en la astrología, pero me preguntaba qué había bajo el caos aparente de la vida diaria. La hipótesis de Copérnico no me dejaba dormir (la vista en el cielo). El Sol allí y nosotros en torno a él.

Catalina ha comenzado a tocar la guitarra suavemente. Tycho despierta, se lo ve presa de una enorme jaqueca.

KEPLER.- Tanto la Iglesia Protestante como la Católica colocaban al hombre, hecho a semejanza de Dios, en el centro. Mis convicciones religiosas no decrecían, por el contrario tomaban un nuevo rumbo. Para mí el Sol era una metáfora de Dios, alrededor del cual todo gira.

TYCHO.- (Dolorido y soñoliento) Que no crean que he vivido en vano...

KEPLER.- (A público) Fue el mismo Dios quien, paradójicamente, evitó que fuera ordenado sacerdote, y me proporcionó otro medio de sustento. Acepté un puesto de profesor de matemática en Graz, un pueblo de Austria. Confieso que la astrología era más divertida. Realmente no sabía dar clases y los adolescentes me resultaban insoportables.

Catalina canta con infinito encanto.

CATALINA.- Bajo el Sol de Capricornio  
la vegetación ha muerto,  
la luna ilumina el huerto  
como un segado unicornio.

El sonido de la guitarra no muere.

KEPLER.- (A público) Me distraía de mis clases permanentemente. Mi atención, como siempre, se perdía en el cielo. Mis pocos alumnos no me soportaban y con razón... Y una tarde de verano, azotado por el calor durante una clase interminable, se me presentó una revelación.

TYCHO.- (Con dolor creciente) ¡Qué no crean que he vivido en vano!

KEPLER.- (Con entusiasmo creciente) De Mercurio a Saturno, conocíamos seis planetas. ¿Por qué eran sólo seis? ¿Por qué no quince o cincuenta? ¿Por qué Copérnico había deducido que el espacio entre ellos era cada vez mayor?

Catalina acelera el ritmo de su rasgueo.

CATALINA.- (Sardónica) ¿Por qué nadie se hace estas preguntas?

KEPLER.- (A público, con vehemencia progresiva) Hay sólo cinco sólidos perfectos. (Activo, dibujando en el aire) Interrumpí mi clase. En la pizarra había dibujados dos círculos concéntricos. Tracé entre ellos un triángulo. Y no pude evitar derivar una conclusión inmediata. Había una razón para la existencia de

seis planetas solamente. Una razón matemática. Un cálculo preciso hecho por una mano maestra.

El ritmo se precipita.

MADRE.- Sería mejor que jugaras con los números... y dejaras en paz al universo.

KEPLER.- (A público, excitadísimo) Tenía sólo seis planetas.

TYCHO.- (Perturbado, ajeno) Marte es el único que no reniega de mí.

KEPLER.- (A público) Hay sólo cinco sólidos perfectos.

TYCHO.-... rojo y prepotente.

KEPLER.- (Ya para sí) Seis planetas...

TYCHO.- Quiero viajar a él, en el ocaso.

KEPLER.- Cinco sólidos...

TYCHO.- De los planetas...

KEPLER.- (Siempre para sí) Seis...

TYCHO.-... Marte es el más cortés.

KEPLER.- Cinco...

TYCHO.- (Siempre ajeno, loco) ¡Doy más valor a la cortesía que a la salud!

KEPLER.- (A público) La razón de que hubiera sólo seis planetas es que hay sólo cinco sólidos regulares. Reconozco en estas cinco formas perfectas las estructuras invisibles que sostienen las órbitas de los seis planetas.

CATALINA.- Bajo el Sol de Capricornio... todo es posible.

KEPLER.- (A público, creciendo aún más) La conexión entre los sólidos perfectos y la disposición de los planetas admite una sola explicación: (enardecido, alzando sus brazos) "La mano de Dios, Supremo Geómetra"

MADRE.- (En un grito) ¡Eurínome siempre triunfa!

La madre ríe fastuosamente. Catalina detiene su rasgueo. Tycho, súbitamente recompuesto saca un cigarrillo y lo enciende. Kepler deja caer sus brazos.

Pausa. Kepler se retira los anteojos y se frota un ojo.

KEPLER.- (Decepcionado) Deseaba tanto que esto hubiera sido así. Durante días me sentí el elegido por Dios para revelar su misterio cósmico.

TYCHO.- (Abriendo un libro) "Misterium Cosmographicum". Nada mal.

KEPLER.- (A público) Quise construir un modelo tridimensional que permitiera a los demás apreciar la grandeza de la Sagrada Geometría. Presenté una propuesta al duque de Würtemberg para que subsidiara su construcción. Pero el duque no acostumbraba distraer el dinero de sus fiestas en proyectos científicos y mucho menos religiosos.

CATALINA.- (Como un duque) “Constrúyase un modelo en papel, mi amigo. No sea cosa que Copérnico hubiera bebido de más. Sería un desperdicio que por su causa nosotros bebiésemos de menos”

KEPLER.- Muy bien. Manos a la obra.

Tycho toma una flauta, Catalina la guitarra y, al compás marcado por la percusión de la Madre, todos tocan una melodía simple y lozana. Aparece en escena una semiesfera de papel, en cuyo interior vemos las estructuras de los sólidos perfectos realizados en madera balsa. (Plano adjunto) Vemos a Kepler trabajar intensamente. Los otros lo rodean sin dejar de tocar. Kepler, febrilmente, ensambla los distintos sólidos dentro de las semiesferas al principio con entusiasmo, pero poco a poco caerá en el fracaso.

KEPLER.- (Mientras trabaja) El placer intenso que experimenté con este descubrimiento no puede expresarse con palabras. No prescindí de ningún cálculo por difícil que fuera. Dedicué días y noches a los trabajos matemáticos hasta comprobar que mi hipótesis coincidía con las órbitas de Copérnico o hasta que mi alegría se desvaneciera en el aire.

Progresivamente la música se apaga hasta dejar, al desarticularse definitivamente la estructura de papel, sólo a Catalina con su canción.

CATALINA.- Y se desvaneció,  
vagando indiferente,  
deleite de los otros,  
la alegría.

KEPLER.- (A público) A pesar de todos mis esfuerzos, las órbitas planetarias y los sólidos perfectos no encajaban. Pero la elegancia de mi teoría era tal, que llegué a pensar que las observaciones del cielo en las que me había basado podían ser erróneas. Fue entonces cuando, por primera vez, pensé en Tycho.

CATALINA.- ¡Le dije que no está, vuelva más tarde!

MADRE.- (A Kepler, devolviéndole una carta) ¿Y quién es?

KEPLER.- Un noble danés, muy conocido por sus extraños aparatos para observar el cielo.

MADRE.- ¿Probó a enfrentar dos lentes?

KEPLER.- No sé mamá.

MADRE.- (Refunfuñando, para sí) No entiendo por qué no lo prueban... ¿Y qué es lo que hace en Praga?

KEPLER.- No sé, exiliado supongo.

TYCHO.- (Aparte, burlándose de sí mismo) Matemático Imperial de Rodolfo Segundo, Sacro Emperador Romano Germánico.

KEPLER.- Exiliado sin duda. Si miramos el cielo siempre nos terminan echando.

TYCHO.- Mi concepción del mundo ve más allá de las antiguas ideas. Pero es ciega ante la menor mención del peligro.

Kepler se siente llamado a continuar su interrumpida conversación con Tycho.

KEPLER.- Pero ¿la Tierra en el centro, le parece?

TYCHO.- No importa lo que a usted le parezca. Importa lo que usted dice. El pensamiento, mi querido Kepler, no hace ruido, no emite sonido alguno. Piense el mundo como le guste, pero diga lo que quieren oír.

KEPLER.- Soy sincero en mi fe. No juego con ella.

TYCHO.- Muy bien, entonces dedíquese a la astronomía cuando lo suban al potro de tortura y lo envíen en él a los cielos en nombre de la Santísima Inquisición, a estudiar geometría euclidiana con el mismo Dios.

KEPLER.- (Sonriendo ligeramente) Entonces usted lo dice solamente, para estar en paz con los obispos, pero no cree realmente que alrededor de la Tierra gire el Sol con los demás planetas.

TYCHO.- Hoy cenaremos habas, necesito un poco de vigor, (cómplice) no sé si me entiende...

KEPLER.- (Turbado) Lo que quiero entender es: si no está de acuerdo con Tolomeo, ni con Copérnico, ¿quién es quién en su sistema?

Catalina, en un extremo ha comenzado una danza tribal. Posiblemente la madre percuta sobre alguna superficie hueca, a modo de zurdo o timbal.

KEPLER.- ¿Qué piensa del Sol? ¿Es o no una metáfora de Dios?

Catalina se mueve con progresiva sensualidad.

TYCHO.- Todo orbita alrededor del imán más poderoso, (observa entre las piernas de Catalina) del cuerpo celeste más atractivo, aquel que nos quema con sus lengüetazos ardientes, aquél que deseamos, aquél que nos funde con su fuente inagotable de fuego, y en la curvatura del espacio y del tiempo, proyectamos en él todo lo que somos, como un relámpago instantáneo en la noche infinita.

De un salto, Catalina se trepa frente a Tycho como si lo montara parado. La música se detiene.

KEPLER.- Sospecho que su metáfora difiere un poco de la mía.  
TYCHO.- No lo sé. Algunos astrólogos dicen que Dios es Amor.  
Despide a Catalina con un beso diminuto. Esta se suelta y vuelve a hacer pie en el suelo.  
MADRE.- (A Kepler) ¿Y para qué te mandó llamar?  
KEPLER.- (Alzando la carta y leyendo) Dice que el Emperador Rodolfo lo persuadió de que debía incorporar un matemático más hábil entre sus colaboradores cercanos.  
TYCHO.- (A Catalina) Posiblemente sus cálculos me sean útiles.  
CATALINA.- (A Tycho, ponzoñosa) O tus observaciones le sean útiles a él.  
MADRE.- (A Kepler) ¿Y no es ese Brahe a quien andabas buscando?  
KEPLER.- Sí, pero algo no está bien. Soy un maestro de escuela provinciano, desconocido para todos salvo por un puñado menor de físicos. ¿Por qué me eligió a mí?  
MADRE.- Para servirse de tu habilidad, no hay duda.  
KEPLER.- Ya lo ves.  
MADRE.- Pero las cosas no tienen por qué tomar necesariamente ese rumbo. Podrías, si mantuvieras la bocota cerrada, obtener algunos beneficios.  
KEPLER.- Nunca aprendí la hipocresía. No puedo hacer eso.  
MADRE.- Bueno, hacés horóscopos.  
KEPLER.- Pero si busco la verdad, no puedo esconderme de ella, cambiándola, cuidando lo que tengo que decir y lo que no.  
MADRE.- A veces no podemos hablar, aunque sepamos la verdad.  
KEPLER.- Tampoco aprendí la cobardía.  
MADRE.- Veremos qué pasa cuando te aprieten las sienes con la corona de pernos.

Kepler se vuelve al público.

KEPLER.- La tortura imaginada por mi madre era pálida al lado de lo que ocurrió en Graz. La resistencia cada día mayor contra los organismos de la Iglesia, obligó a la Inquisición a tomar medidas, digamos, "precautorias". Como aquellas tomadas por Domingo de Guzmán, conocido como Santo Domingo.  
CATALINA.- "Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos"  
KEPLER.- El archiduque católico local, ante el caldero en que la Iglesia...

Tycho, desenchajado, lo interrumpe.

TYCHO.- (A Kepler, colocándole una mano sobre el hombro) ¡Qué no crean que he vivido en vano!

Kepler le toma la mano y lo conforta. Tycho se retira un poco. Kepler vuelve a público.

KEPLER.- El archiduque católico local, ante el caldero en que la Iglesia había puesto a Europa, se vio a su vez obligado a dar muestras de fortaleza.

CATALINA.- “Prefiero convertir el país en un desierto, antes que gobernar sobre herejes”

KEPLER.- (A público) Llegué una mañana a mi escuela y estaba clausurada.

MADRE.- (A Kepler) ¿Qué decís ahora de la hipocresía?

KEPLER.- (A público) Astrónomos como Giordano Bruno o Galileo, ya probaban que la Tierra no comandaba el universo. Todos los que adheríamos a las ideas de Copérnico estábamos en peligro. Me sometieron a un examen individual sobre la firmeza de mis convicciones religiosas.

CATALINA.- “¿Se considera Usted una persona espiritual?”

KEPLER.- Soy sincero en mi fe. No juego con ella.

CATALINA.- “Diezmo en los ingresos y exilio perpetuo de Graz, bajo pena de muerte”

KEPLER.- (A público) El exilio produce un vacío que equivale a aquél que nos ocurre al alzar la vista, frente a lo inexplicable del infinito.

CATALINA.- “Confiscación de libros...”

KEPLER.- Al pasar por la plaza de Graz vi una fogata. En un principio temí encontrar frente a mis ojos una espantosa ejecución. Luego me serené al ver que no era un cuerpo humano aquello que ardía.

CATALINA.- “... y quema en plaza pública”

KEPLER.- Eran libros. (Cáustico) Libros heréticos. Libros que sostenían verdades imposibles, como ser que el Sol gobierna los movimientos planetarios y que la Tierra es apenas uno de sus niños, revoloteándole alrededor en el enorme patio de juegos que es el espacio. Semejantes ideas costaron la vida a muchos católicos que creían en la razón. Los protestantes eran menos violentos, ellos te desterraban y quemaban tu casa y tus libros. Pedí al cochero que se detuviera y observé el fuego que partía de mis páginas, vivo y efímero, y vi cada una de mis deducciones y pensamientos elevarse en una gruesa humareda y perderse en el espacio. En la modesta plaza de Graz, escondido en un carruaje, reviví en silencio la tragedia de Alejandría. Sin ninguna otra opción, acepté la propuesta de Tycho.

MADRE.- ¿Llevarás a tu mujer?

KEPLER.- No hay más remedio.

MADRE.- Sí hay.

KEPLER.- ¿Cuál?

MADRE.- De llevártela, la deberías dejar en algún hostel de Bohemia.

KEPLER.- De ninguna manera. Me vendría con melancolías y malhumores estúpidos.

MADRE.- Cuánto peor sería si la llevaras a Praga.

TYCHO.- ¿Vino con su familia?

KEPLER.- Me espera en un hostel de Bohemia.

TYCHO.- Puedo mandar por ellos, si es de su agrado.

KEPLER.- No. Está bien así.

CATALINA.- ¿Se queda a cenar?

MADRE.- (Aparte) Cuando el niño era un niño, quería alcanzar las estrellas.

Kepler, Tycho y Catalina, triangulados.

KEPLER.- (A Tycho) Y ¿cuándo nos pondremos a trabajar?

CATALINA.- (A Kepler) Hoy comeremos habas.

TYCHO.- (A Catalina) ¡Fantástico!

KEPLER.- (A Tycho, la vista en el cielo) Esta noche será despejada.

CATALINA.- (A Kepler) Podremos disfrutar los manjares en los balcones.

TYCHO.- (A Catalina) Beber plácidamente.

CATALINA.- (El triángulo se rompe y rodea a Tycho con sus brazos) Pero no demasiado.

TYCHO.- No demasiado. (A Kepler) ¿Tiene algún horóscopo consigo?

MADRE.- (Aparte) Cuando el niño era niño, los misterios del cielo lo arrullaban.

KEPLER.- Sí, naturalmente. ¿Por qué me lo pregunta?

TYCHO.- La astrología, mi querido Kepler, es más digna de crédito de lo que uno pudiera pensar, siempre que se perfeccionen un poco los mapas. Desde mis veintitrés años dediqué tanto tiempo a la alquimia como a los estudios celestes.

KEPLER.- No es que no crea en la influencia de los astros. Justamente estoy impaciente por conocer el comportamiento físico de los planetas, para dilucidar qué influencia tienen en nosotros o en cualquier forma de vida.

TYCHO.- ¿Por qué no comienza con Marte?

KEPLER.- (Su rostro se ilumina) Sería un placer hacerlo desde este mismo momento.

TYCHO.- ¿Y las habas?

KEPLER.- Pueden esperar.

TYCHO.- Le aseguro que quien puede esperar es Marte.

KEPLER.- Muy bien, será después de la cena.

TYCHO.- Después de la cena.

KEPLER.- (A público) Después de la cena hubo más vino, hubo infinidad de mujeres, hubo visitas, hubo canto, risas, alboroto, y en cuanto me distraje,

Tycho había desaparecido de la mesa. Esto ocurrió día tras día, noche tras noche. Tycho estaba constantemente distraído en necesidades.

CATALINA.-... como mirar las estrellas...

KEPLER.- (A público) Como la Luna, Tycho se escondía a diario, a veces no se lo veía en toda la jornada, y cuando lograba verlo me ocultaba sus misterios.

MADRE.- Cuando el niño era niño, el cielo era limpio y la luna estaba habitada por seres que podían ver la Tierra, ancha, celeste, oronda, cruzando la noche permanente.

KEPLER.- (A Tycho, violento) ¡Hace ya tres semanas en que pactamos comenzar con Marte!

TYCHO.- ¿Y por qué no comenzó?

KEPLER.- ¡Necesito las cifras del apogeo y los nodos! ¡No me tome por idiota!

TYCHO.- (Con el índice en el cielo) Los datos están ahí. Sólo tiene que leerlos.

KEPLER.- ¡No puedo determinar el movimiento a simple vista! ¡No sé hacerlo!

TYCHO.- Usted subestima su inteligencia.

KEPLER.- Dígame, ¿por qué hasta hoy no ha calculado usted mismo la órbita marciana?

TYCHO.- No ha llegado el momento.

KEPLER.- ¡¿Y cuándo?!

TYCHO.- Cuando el Sol pase por Piscis.

KEPLER.- (Perdiendo la paciencia) ¡Pero, eso fue hace dos meses!

TYCHO.- Habrá que esperar. Ya lo ve. El estudio del infinito no admite impacencias.

KEPLER.- (Fuerte) ¡Ni mucho menos ocio!

Tycho observa a Kepler un instante en silencio.

TYCHO.- Usted abusa de mi hospitalidad.

KEPLER.- ¿De qué está hablando? No diga simplezas.

TYCHO.- Otro cualquiera en mi lugar diría que Usted busca la celebridad a través de mis observaciones. (Rudo, de pronto) ¡Mis observaciones! Acaso ha olvidado, estimo, quién trabaja para quién, quién paga a quién, y quién organiza aquí la indagación de las órbitas. Usted desconoce la potestad que poseo en el asunto.

KEPLER.- Es justamente para cumplir con...

TYCHO.- (Feroz) ¡Usted habla de ocio! Me acusa de holgazanería, como si fuera yo un mocoso malcriado. ¿Es que acaso puede siquiera imaginarse el esfuerzo que supone obtener los datos de un planeta? Yo se lo explico. Se sienta en esta silla, toma la regla, la apoya sobre el cabrestante, y mira "ociosamente" el lugar donde se ha parado Marte. Entonces mide, anota y repite la operación durante horas. Al día siguiente, vuelve a medir, (hiriente) otras horas de holgazanería,

¿me entiende? Y llega un día, cuando la indagación del planeta ha avanzado, en que una nube se posa caprichosa en el lugar de la medición y allí queda durante toda la noche. Y posiblemente llueva al día siguiente. Si esto se repite cuatro días consecutivos, al quinto, en cuanto el sol cae, se arrodilla frente a esa mesa, y reza, y vuelve a rezar, ¡le reza a Dios y a todos los demonios! ¡Porque si llega a haber una nube en el lugar de la medición el quinto día, habrá que empezar de nuevo!

KEPLER.- (Conciliador) Pero es que justamente ahora que ese esfuerzo ha terminado, es tiempo de calcular.

TYCHO.- El cielo no es para usted, Kepler. Aplique sus logaritmos a actividades terrestres.

KEPLER.- No puedo. Es el cielo el que guía mis pasos. A él dediqué todos mis estudios.

TYCHO.- Quédese con el cielo, si quiere. Termine de destruir la Astrología. Dedique todo su tiempo a los horóscopos. Invente el futuro de los demás. Hágales creer que Tauro y Géminis tienen un porvenir venturoso y que al mes siguiente Aries y Leo estarán condenados al fracaso. Pero deje en paz al universo.

KEPLER.- ¿Para qué me mandó llamar?

TYCHO.- Y déjeme en paz a mí. Estoy demasiado ocupado determinando cuándo volverá el gran cometa de 1577. No tengo tiempo para sus extravagancias.

KEPLER.- ¡¿Para qué me mandó llamar?!

TYCHO.- Mi cochero lo llevará a Bohemia. Recoja a su familia y pruebe suerte en otro lado.

Kepler, impotente, abandona la discusión. Tycho se aparta. Acompañándose de la guitarra Catalina canta.

CATALINA.- Marte enajenado

volaba y volaba,  
y el hombre miraba  
frágil y hechizado.  
Una inerte gota,  
un punto en el cielo,  
como un caramelo  
que la vista agota.

La guitarra no muere.

KEPLER.- (A público) Permanecí un tiempo en Bohemia dudando si debía volver y pedir disculpas. No creía estar en un error. Tycho no me daba oportunidad de

compartir sus escritos. Sólo los mencionaba al pasar durante una comida, sin darle importancia. El ambiente general de frivolidad insultaba mi sentido de lo que es correcto. Tycho era extraordinariamente rico, pero no sabía hacer uso de su riqueza. Tenía dinero y, sobretodo, era el mayor genio observador de la época. Pero necesitaba el arquitecto que pusiera en orden ese material.

MADRE.- (Mirando en el interior de su vasija, como si leyera en ella) La mejor forma de llegar a Levanía es ser transportado por un ánima, valiéndote de la sombra de la Tierra durante un eclipse total.

KEPLER.- (A público) Una terrible noticia nos conmovió. Nuestro colega Giordano Bruno había muerto. La Santa Inquisición lo había quemado en la hoguera. Su crimen había sido afirmar que el universo es infinito y que la materia del mismo está penetrada de vida.

Kepler y Tycho, con formidable tensión. La guitarra se detiene.

TYCHO.- Me agrada su visita. ¿Cómo van los horóscopos?

KEPLER.- Sirven para ahuyentar a los acreedores.

TYCHO.- (Divertido) Y para mucho más, créame.

KEPLER.- Me parece que es más importante saber lo que ha pasado que avizorar el futuro.

TYCHO.- Será más importante para su perpetuo desasosiego. No sé si para su bolsillo.

KEPLER.- Salvo que... (con extrema dificultad)... su excelencia me acepte nuevamente.

TYCHO.- Ya veo.

KEPLER.- Estoy dispuesto a continuar con Marte, si usted lo consiente.

Tycho mira a Kepler un instante en silencio. Luego se aproxima a la mesa y toma un carpetón lleno de papeles, algunos sumamente arrugados. Abre la carpeta, hojea un momento y aparta dos hojas, lee y aparta una tercera. La expectación de Kepler va en aumento.

TYCHO.- (Dándole las hojas) Aquí tiene.

KEPLER.- (Radiante) Me pondré a trabajar inmediatamente.

TYCHO.- Primero la cena. Demos más valor a la cortesía.

KEPLER.- Sí, claro.

La madre se aproxima con una bandeja y dos copas. Alzan las copas para brindar

TYCHO.- Por Giordano.

KEPLER.- Por Giordano.

Brindan y beben hasta el fondo.

TYCHO.- ¿Cuánto?

KEPLER.- ¿Perdón?

TYCHO.- ¿Cuánto cree que demorará en determinar la órbita?

KEPLER.- Siete días. Ocho, a lo sumo.

TYCHO.- (Riendo) Usted se ha vuelto definitivamente loco.

KEPLER.- De eso no hay duda, pero puedo calcular esa órbita en una semana.

TYCHO.- Le aseguro que es imposible.

KEPLER.- Ya verá que no.

TYCHO.- Estoy en condiciones de apostar.

KEPLER.- Será un placer.

MADRE.- No confíes en nadie, Verruga. Ni en ti mismo, si la ansiedad te inmoviliza serás tu peor enemigo. No confíes en nadie, o nunca llegarás a Levanía.

TYCHO.- Si usted gana le doblaré el sueldo.

KEPLER.- Bien.

TYCHO.- Si pierde se lo retiraré por dos meses consecutivos.

KEPLER.- (A Tycho) Bien. (A público, mientras se pone a trabajar en los cálculos, compás en mano) Afortunadamente nunca se cobró la apuesta.

Mientras Tycho vivió, esto es: los dieciséis meses siguientes, no pude determinar órbita alguna. Cuando llegaba a una trayectoria circular casi perfecta, una o dos observaciones diferían en varios minutos de arco. Pero jamás desistí. Tycho se divertía conmigo. (A Tycho) Necesito más observaciones, digamos seis meses completos.

TYCHO.- ¿Qué opina su mujer?

KEPLER.- ¿Cómo dice?

TYCHO.- (Acomodándose) ¿Qué dice su mujer de su trabajo aquí, en Praga?

KEPLER.- ¿Mi mujer? (Kepler se quita los anteojos) Es una mujer muy particular. Le complace la soledad.

TYCHO.- ¿Y qué opina de su trabajo?

KEPLER.- Bárbara proviene de la pequeña nobleza rural. Desprecia la astronomía. Supone que es una profesión indigente.

TYCHO.- Y tiene mucha razón.

KEPLER.- En realidad su condición social no se condice con el sueldo de un maestro de escuela.

TYCHO.- Ni de un ayudante de astronomía.

KEPLER.- (Ligeramente molesto) Por decirlo así.

TYCHO.- ¿Por qué no la trae?

KEPLER.- Por el bien y la paz de todos los que habitan esta casa.

TYCHO.- (Divertido) Exagera sin duda.

Pausa. Kepler intenta de nuevo.

KEPLER.- (Indicando en la hoja con el compás) Cuando la órbita circular va a cerrar, algunos minutos de arco difieren para que lo logre. Necesito al menos seis meses completos de posiciones.

TYCHO.- Ya ve. Un noble corrupto y lleno de dinero como yo, y un modesto matemático como usted, somos igualmente ignorantes ante la caprichosa órbita de Marte.

KEPLER.- Estoy seguro de lograrlo, de poseer seis meses completos.

Catalina toca.

TYCHO.- Lo que usted pide no existe. No es posible que en seis meses el cielo se nuble sólo cuando Marte está del otro lado de la tierra. (Mirando al cielo) Su delicada perfección geométrica, querido Kepler, seguirá desvaneciéndose ante el asalto del Dios de la Guerra.

CATALINA.- (Cantando)

El mundo rojo.  
te desafía,  
y en su porfía  
baila a su antojo.

MADRE.- No confíes en nadie.

Kepler se dirige a Catalina y, apoyando una mano sobre las cuerdas, detiene el sonido de la guitarra. La mira con profundidad, inquisitivamente. La mujer comprende y contesta sin dudar.

CATALINA.- No puedo hacer nada.

KEPLER.- Se lo ruego.

CATALINA.- No quiero hacer nada.

KEPLER.- Usted es mi única chance.

CATALINA.- No quiero mezclarme en sus peleas, ni en sus discusiones, ni en sus conjeturas. Mi mundo discrepa con el suyo, y con el de mi marido. La larga dependencia que él tiene con el universo no me ha dado más que desamparo. Vivo desde hace años extraviada entre los celajes de la Tierra y los aros de

Saturno. No soy yo quien va a amparar nuevas búsquedas. No lo hago con mi marido. Mucho menos con usted.

KEPLER.- Debo insistir. No tengo otra salida.

CATALINA.- Ni yo. Tal vez esto lo ayude a comprender algo de sí mismo. Mi esencia es la de la mujer que espera. No tengo celos de las muchas mujeres que atraen la admiración de mi esposo. Pero la sola idea de verlo contemplar el cielo en la terraza me llena de irritación. No pierda más tiempo. Además sus escritos están en su poder. Nadie puede llegar a ellos.

Kepler cae rendido. Tycho alza un espejo de mano y se examina.

TYCHO.- ¿Oro o Plata? ¿Amarilla como el Sol, o blanca como las Nubes? Al fin y al cabo no es más que una nariz. Pero ¿qué debe situarse en el centro del semblante?

Kepler se aproxima a Tycho con decisión.

KEPLER.- Muy bien. Me iré.

TYCHO.- ¿Adonde?

KEPLER.- Donde pueda seguir estudiando.

TYCHO.- Su lugar es aquí, Kepler. En ningún otro tendrá acceso a información exacta.

KEPLER.- Tampoco lo tengo aquí.

TYCHO.- Aprecio su orgullo. Pero está en un error.

KEPLER.- Adiós.

Kepler se aparta y se dirige al público.

KEPLER.- Siempre me pregunté por qué las cosas asumen su valor real, o aún mayor que el real, cuando estamos por perderlas. Ensayé una ofensa con Tycho, suponiendo, o mejor, esperando que me detuviese. No lo hizo. Pasaron dos semanas y finalmente recibí una invitación.

Kepler se vuelve a aproximar a Tycho. Éste se manifiesta mucho más recatado.

TYCHO.- Le agradezco que haya venido.

KEPLER.- Usted dirá.

Tycho extrae cuatro hojas de entre sus ropas. Kepler sonrío, las toma y se dirige a la mesa.

TYCHO.- La cena primero. Recuerde.

KEPLER.- Sí, claro. Demos más valor a la cortesía.

Ambos sonrían.

KEPLER.- (A público) Sin embargo, la órbita circular no cerraba. Continué buscando durante días sin ningún éxito. Casi un mes después, Tycho acudió a cenar en casa del ilustre Barón de Rosemberg. Este noble gustaba de rodearse de las corrientes intelectuales más vitales de su tiempo, y no se equivocó en invitar a Tycho Brahe.

CATALINA.- (Cantando tristemente)

Las puertas del cielo  
y del propio infierno  
son puertas de hielo  
y vacío eterno.

TYCHO.- (En clara contraposición, sumamente alegre, bebiendo) Una vez determinados los destinos del Cielo y de la Tierra ¿qué nos queda por hacer? ¿Qué más tenemos que crear? ¿Qué más?

KEPLER.- (A público) Estuvo horas y horas, bebiendo y hablando, y resistió los impulsos de su cuerpo, por no excusarse unos minutos ante el Barón y dirigirse a la letrina.

TYCHO.- (Bebiendo) ¿Qué más? Hay que vencer el aire, pues, y llegar al planeta rojo...

KEPLER.- (A público) Al beber más, sintió que la tensión de su vejiga se incrementaba...

TYCHO.- ¡Doy más valor a la cortesía que a la salud! (Alza la copa y bebe cuantiosamente. Tose, un dolor se aloja bajo su estómago)

KEPLER.- (A público) Cuando regresó a su casa, apenas fue capaz de orinar.

CATALINA.- (A Kepler).- Hace cinco noches que no duerme, y sigue sin poder soltar su agua.

KEPLER.- (A Catalina) ¿Tiene dolores?

CATALINA.- No, pero la evacuación le es muy difícil.

KEPLER.- ¿Cedió la infección?

CATALINA.- Tampoco. Es que... se niega a moderarse en las comidas y en las bebidas.

TYCHO.- (Forzadamente) ¡Doy más valor a la... (Tose con fuerza)

KEPLER.- (A público) El insomnio prosiguió, con fiebre interna que desembocó gradualmente en delirio.

TYCHO.- (Débil)... cortesía. !

KEPLER.- (A público) Lo que comía exacerbaba su malestar.

TYCHO.- (En una progresión que lo llevará al delirio, la vista en el cielo) Se me ordena que me rinda al Señor de los Mundos, es él quien me creó del polvo. La noche no trae todo el bienestar y toda la adversidad, sino la nada, el vacío entre un mundo y otro. Pues bien. Es mi última oportunidad. Si sigo mi capricho mis pies ya no tocarán la Tierra. Me elevo. La inmensidad es oscura. Me acerco con ligereza. Ahí está, rojo y prepotente, evadiéndome o siéndome indiferente. Voy, alado... pero nunca llego. Yo pasé noches mirándolo desde mi hogar planetario, y ahora en la inmensidad del espacio, no puedo alcanzarlo. Necesito más ligereza. Soy muy pesado. Así nunca podré llegar. No debo perderme en el vacío, Kepler, ayúdeme a llegar a Marte. Le lego todos mis escritos, Kepler, pero no me deje así... (despedazado)... por el amor de Dios... no me deje así... Kepler... ¡Kepler!... ¡Que no crean que he vivido en vano, Kepler!... que no crean que he vivido en vano... que no crean que he vivido en vano... (la frase irá desmoronándose durante el texto de la madre)

MADRE.- (Leyendo en el cielo) La mejor forma de llegar a Levania es ser transportado por un ánima, valiéndote de la sombra de la Tierra durante un eclipse total.

KEPLER.- (A público) La naturaleza venció. Tycho expiró pacíficamente entre los consuelos, plegarias y lágrimas de su gente, reiterando una sola frase, renovando su sonido...

TYCHO.- (Diminuto)... que no crean...

KEPLER.-... como si compusiera un poema.

TYCHO.- (perdiéndose)... que he vivido en vano...

MADRE.- Cuando el niño era niño, quería alas para volar a Levania...

CATALINA.- En la terraza vacía, la regla espera...

MADRE.-... pero las alas no servían para llegar a Levania porque el aire de la Tierra no llega a Levania.

CATALINA.-... y seguirá esperando.

KEPLER.- (A público) Como correspondía a un gran noble, Tycho Brahe fue enterrado en Praga en una ceremonia grandiosa en su honor. Al día siguiente me paseé por la terraza de su casa solariega. Observé todo su instrumental astronómico, me senté a dilucidar cómo Tycho lo usaba. Pero mi torpeza mecánica no tardó en hacerse evidente. Me deslumbraba pensar que con cosas tan simples, Tycho hubiera podido desentrañar el cielo.

Tycho se aproxima y orienta a Kepler. Ambos caminan entre los instrumentos. La guitarra de Catalina escolta el diálogo con levedad.

TYCHO.- En esta esfera comencé a grabar las posiciones de 777 estrellas. Tardé varios días en determinar la posición precisa de cada una. En cuanto a estos

relojes y sobre todo estos cuadrantes solares fueron puro capricho, no servían demasiado, se rompían permanentemente con el viento. La regla fue mi ayudante más leal. Y mis ojos. (Alza la vista al cielo)

CATALINA.- (Canta)

Al vacío,  
-dijo el Sol-,  
doy mi luz  
y resplandor.

TYCHO.- La contemplación del cielo es un espectáculo de tal grandiosidad que requiere varias vidas. Nuestro universo sería una cosa muy limitada si no ofreciera a cada época algo que investigar.

KEPLER.- La naturaleza previene el aburrimiento. Nunca revela sus misterios para siempre.

TYCHO.- (Codeándolo) Pero qué hermoso es dar un paso...

KEPLER.- Desentrañar un solo punto claro en la sombra enorme...

Ambos se miran y sonrían. Se acercan a la mesa donde está la carpeta con las anotaciones de Tycho.

TYCHO.- En fin. (Posando una mano sobre la carpeta) Las órbitas lo esperan. Hubiera querido ser yo. Pero no soy como usted. He preferido alternar la ciencia con el placer. Y no me arrepiento. (Sonríe) El placer también se cincela en la memoria y nos sorprende sonriendo cuando todo ha terminado.

Pausa.

KEPLER.- Pero, para acceder a los escritos queda todavía... (señala de soslayo a Catalina)

TYCHO.- ¡Ah! Catalina. Es verdad. Nada es fácil con ella. Para peor es infeliz. En fin, haga lo que pueda. Es una gran mujer, un poco caprichosa. Pero tiene una gran virtud.

Tycho comienza a alejarse.

KEPLER.- Espere ¿cuál?

TYCHO.- Es apasionada, y le hace creer a uno que todavía es un jovencito.

KEPLER.- ¿Y en eso qué relación tiene conmigo, ni con mis cálculos?

TYCHO.- Eso no lo sé. Búsquela. Pruebe algunas hipótesis. Posiblemente la encuentre. Recuérdelo siempre: (golpeteándose alternativamente la bragueta y la cabeza) quien anda bien de la botonera, anda bien de la mollera.

Tycho se aleja. Kepler, entre divertido y desconcertado lo ve alejarse. Queda frente a los escritos un segundo sin poder tocarlos. Se aproxima lentamente a Catalina. Ésta, distraída en su música tarda en reparar en la presencia de aquél. Cuando finalmente lo hace, deja de tocar abruptamente.

CATALINA.- La pena no es algo nuevo. Acecha en la orilla del camino y cuando distraemos la atención, nos golpea.

KEPLER.- El camino es infinito, debemos seguir recorriéndolo.

CATALINA.- ¿Para qué? Es infinito. Siempre estaremos en el mismo punto, siempre acechados por el dolor.

KEPLER.- Debo insistir. Estoy condenado a hacerlo.

CATALINA.- Es inútil. El Sol se escondió para mí. Debo esperar que la luz se manifieste de nuevo.

KEPLER.- No puedo esperar. Su noche puede ser muy larga.

CATALINA.- Es posible.

Pausa. Catalina recomienza a tocar suavemente. Kepler se inquieta.

KEPLER.- Qué diferencia hace para usted que esos escritos estén empolvándose en soledad, o en mis manos.

CATALINA.- (Sin mirarlo) Mucha.

KEPLER.- (El dedo arriba) Los cuerpos están ahí esperándome.

CATALINA.- Vaya por ellos. No lo detengo.

KEPLER.- Necesito el instrumento para llegar a ellos. (Mira a Tycho y se aproxima a la mujer) Si es cierto que su esposo no ha vivido en vano, ponga sus escritos al servicio del conocimiento.

CATALINA.- ¿O al servicio suyo?. (Deja de tocar. Ha perdido la paciencia) El mundo empieza y termina para mí en los tibios límites de una comarca. No siento nada al mirar al cielo, más que dolor, desamparo, pequeñez. Ningún otro frío que el de la soledad recorre mi espinazo cuando cae la noche. Usted quiere que el símbolo de mi aflicción salga a la luz. Pero yo no quiero eso. No es mi intención que la humanidad avance en el sentido en que lo hace. ¿Por qué motivo debo pensar en las estrellas, cuando mi angustia personal crece por minuto?

KEPLER.- Es el mundo el que espera por saber, nosotros somos haces de luz que mueren muy rápido.

CATALINA.- Pero antes de morir deben brillar.

KEPLER.- ¿Qué puede importar nuestro brillo?

CATALINA.- Son los cuerpos celestes los que no importan. (Tomándose el pecho) El cuerpo que debemos cuidar es éste. ¿Qué diferencia hace penetrar un misterio y descifrarlo cuando continuamente ante sus ojos crece la miseria y esclavitud?

Kepler no tiene respuesta. Un nuevo silencio.

KEPLER.- No tengo una solución para esos problemas.

CATALINA.- Ni yo para el suyo.

MADRE.- (Sombría y estremecedora) Nadie ha vivido más tiempo que un niño muerto. El cielo y la Tierra son tan viejos como yo, y las diez mil cosas son una sola.

KEPLER.- Es mi cuerpo el que quiere palpar el universo.

CATALINA.- No se puede cuando la savia deja de circular, el cuerpo se marchita. Siento la pulsación del infinito en el interior de mi cuerpo, en el propio deseo infinito de mi cuerpo, en la propia soledad infinita de mi cuerpo.

KEPLER.- Usted no está sola.

CATALINA.- No. Peor que eso. Me frecuentan imágenes. El amor se fue pero su instrumento permanece. La ilusión me persigue. Como si detrás de mí tratara de alcanzarme un anhelo de juventud permanente, de sudor, de aliento vacilante, de piel templada. Mis órganos viven en la más pálida clausura, pero estallan en silencio, aislados. No soy mujer para este tiempo.

KEPLER.- A mí también me persigue la ilusión.

CATALINA.- Lo suyo es otra cosa.

KEPLER.- ¿Por qué? ¿En qué se diferencia el golpe con que el amor reformula todo lo que somos, del escalofrío que nos recorre ante la más tibia contemplación del universo? ¿Acaso no nos sentimos caer desde lo alto, como en el amor, o no sabemos que estamos inmersos en el mayor de los misterios... como en el amor? Ambas cosas superan nuestra comprensión. ¿Usted busca respuestas? Es muy sencillo. Yo también.

TYCHO.- (A la madre, aprobando) Nada mal.

La madre asiente. Tycho hace sonar su flauta con extrema dulzura.

Pausa.

CATALINA.- Tengo frío.

KEPLER.- (La abraza) Posiblemente tenga razón y todo sea inútil e inexplicable.

CATALINA.- Como en el amor.

Catalina lo besa apenas. Se miran. Kepler intenta irrumpir en un beso profundo, pero Catalina lo detiene. Lo toma de la mano y lo lleva hasta la mesa. Toma en sus manos la carpeta de Tycho. La abre, la observa un instante en silencio. Vuelve a cerrarla y se la entrega a Kepler. Inicia un movimiento de retirada, pero Kepler la detiene sosteniéndola por la muñeca, la atrae hacia sí y la besa.

En ese momento Tycho suelta una melodía alegre acompañado por los tambores de la madre. Entonarán lo que sigue como juglares callejeros.

MADRE.- El universo empieza atrás del cielo  
Pero delante otro universo veo.

TYCHO.- El astrónomo al fin pudo calcular  
Y en permuta algo tuvo que entregar.

TYCHO Y MADRE.- Las penas y el dolor del alma mueren  
si cada uno obtiene lo que quiere.

Ambos continúan tocando. Catalina toma la guitarra. Los otros cierran su canción sonoramente. En el fondo queda el leve sonido de la guitarra. Vemos en la escena a Kepler reconcentrado, calculando de pie sobre una mesa y observando cada tanto el espacio. Kepler marca dos puntos en el papel. Apoya el compás y lo hace girar.

KEPLER.- Casi, casi...

Pero el círculo no cierra. Kepler, ultrajado, tira el compás sobre la mesa con disgusto. Catalina se acerca con dos sobres en la mano.

CATALINA.- Llegaron dos cartas.

KEPLER.- ¡Finalmente! (Toma una carta y la abre, pero sin leerla se dirige a público) Galileo me informaba que con un extraño aparato dotado de dos lentes enfrentados y una cámara oscura se podía aproximar hasta treinta veces la visión del cielo.

MADRE.- (Petulante) Era hora.

KEPLER.- (A público) El instrumento nuevo se llamaba telescopio, y con él, había logrado ver cuatro lunas en Júpiter. (A Catalina, enfadado consigo mismo) ¡Cuatro lunas! Ensayé todas las órbitas circulares posibles. No puede ser que Tycho haya errado en ocho minutos de arco. La órbita no condice con un círculo ni con una espiral. Me queda un círculo alargado, una especie de óvalo espantoso, una verdadera carretada de estiércol. Y ahora, luego de meses de cálculo inútil, Galileo descubre satélites en otros planetas. Esto no tiene sentido.

CATALINA.- O tiene un sentido que no te gusta.

KEPLER.- De abandonar la órbita circular, es mi fe la que no tiene sentido.

Durante años postulé la presencia de un Dios Geómetra.

CATALINA.- ¿Y si no fuera así?

KEPLER.- Entonces habría perdido el tiempo. No encuentro otra alternativa que una divinidad que haya dado formas perfectas al movimiento de todos los planetas.

CATALINA.- ¿La Tierra incluida?

KEPLER.- La Tierra incluida, claro.

CATALINA.- ¿Y qué tiene la Tierra de perfecto?

KEPLER.- Está a la vista.

CATALINA.- ¿Qué?

KEPLER.- Nuestro planeta lleva pegada la estampilla de las proporciones armónicas. Se percibe en cada cosa, en cada pájaro que vuela, en cada árbol, en la presencia fabulosa del Sol, que calienta la mitad de la jornada sin quemar y deja enfriar la otra mitad sin helarnos. La armonía de estas proporciones está a la vista. El trabajo es combinarlas con la experiencia, hasta encontrar la verdad.

CATALINA.- Ha de ser un trabajo arduo.

KEPLER.- (Molesto) Sin duda.

CATALINA.- Porque no encuentro a primera vista una manera de combinar las proporciones perfectas a un planeta arrasado por guerras, pestes, hambre, infelicidad.

KEPLER.- Eso no tiene nada que ver.

CATALINA.- ¿No?

KEPLER.- No. Eso es voluntad del hombre.

CATALINA.- Pero ¿y qué hay de la posición de los astros? ¿Influyen o no sobre el comportamiento del hombre?

KEPLER.- Eso es astrología. Nada tiene que ver con la divinidad.

TYCHO.- Yo me pregunto...

Tycho se aproxima a su silla. Kepler queda frente a él. Pareciera que hemos retrocedido a una antigua conversación.

TYCHO.-... Si los planetas no ejercen ninguna influencia sobre nuestros destinos, ¿para qué sirven? Se puede ser bastante incrédulo, pero acusar a Dios de injusticia y arbitrariedad al suponer que hubiera creado el grandioso espectáculo de los cielos en vano, por mero pasatiempo, ¿realmente le parece?

KEPLER.- No nos incumben los propósitos de Dios.

TYCHO.- No me hable como un clérigo. No se escape de la pregunta.

KEPLER.- Está bien. Supongamos que Marte ha de ejercer influencia sobre un recién nacido. Sabemos que todos los cuerpos tienen una atracción cuya naturaleza desconocemos. Marte ejerce una influencia sobre el niño, y su madre también. Muy bien, Marte es mucho más grande que la madre del niño, pero es infinitamente más lejano. Su influencia está anulada por la atracción de la

madre. Por ahora Marte no determinará el desasosiego, ni la alegría del niño. Está demasiado lejos.

TYCHO.- ¿Por qué extraña razón una ciencia tan noble y tan útil como la astrología encuentra tantos incrédulos, mientras que la aritmética o la geometría no han encontrado nunca ni uno solo?

KEPLER.- Por amor a la verdad.

TYCHO.- (Socarrón) No me diga.

KEPLER.- Que el cielo nos dicte el futuro no es un hecho probado. Los hechos extraordinarios requieren pruebas extraordinarias. Si no amamos la verdad, nunca abrazaremos la verdad. No es justamente engañándonos como vamos a conquistarla.

TYCHO.- Yo creo que es más noble engañarse alguna vez que desconfiar siempre.

KEPLER.- Sus ingeniosos artificios me divierten, pero no comulgo con ellos. O buscamos el engaño, o buscamos la verdad.

TYCHO.- Pero, mi querido Kepler, usted me habla de la verdad, cuando se ha ganado la vida haciendo predicciones astrológicas, en las que por lo visto jamás ha depositado nada de su fe.

KEPLER.- Es justamente porque me he servido de la astrología que no creo en ella. Pero eso no enfría mi amor por la verdad. Sucede que he necesitado comer. La astrología es una hija loca de la astronomía, no me parece mal que alimente a su madre, que será muy cuerda pero es muy pobre.

TYCHO.- Es usted un gran hablador, Kepler. Pero su perfección celeste necesita todavía "pruebas extraordinarias"

KEPLER.- Trabajo en ello. (A Catalina, retomando bruscamente la conversación anterior -posterior en el tiempo-) Pero no confundamos una cosa con otra. Los males terrestres no tienen por qué ser culpa de Dios.

CATALINA.- Entonces las influencias de los astros no existen.

KEPLER.- Si existen, pero desconocemos sus efectos.

CATALINA.- Esos efectos que detallás en tus horóscopos.

KEPLER.- Esos mismos.

CATALINA.- Creí haberte escuchado que nunca aprendiste la hipocresía, que tu fe era sincera.

KEPLER.- Y lo es. Miento para ganar dinero y ponerlo al servicio de la verdad.

CATALINA.- Cuando bajas la vista de las estrellas, por lo menos un minuto, y tus ojos alcancen una mínima parte de lo que te rodea, el golpe va a doler.

KEPLER.- (Tosco) Puede ser. Todo puede ser. Pero por ahora debo mantenerme en lo alto y encontrar las formas de las órbitas, así descubra que he sido un necio.

Kepler recupera el compás, exhausto. Pausa.

CATALINA.- ¿Qué decía la otra carta?

KEPLER.- ¿Qué otra carta?

Kepler repara en la existencia de otra carta que no ha abierto. La toma y la abre.

MADRE.- (Mecánica) En Würtemberg están todos paranoicos. Hay oleadas de rumores. Las cosas aquí no van bien...

Kepler deja de leer, impaciente, y le contesta a la hoja como si esta personificara a su madre.

KEPLER.- Aquí tampoco. (Arroja la carta sobre la mesa. A Catalina) Mi madre otra vez. No hace otra cosa que quejarse.

CATALINA.- (Insinuante) No sé a quién me recuerda.

Catalina vuelve con su guitarra.

KEPLER.- (Mirando los escritos, irritado) Una auténtica basura. ¿Cómo puede un planeta moverse así?

Catalina toca cálidamente. Tycho se le acerca.

TYCHO.- La perfección está lejos de nosotros, afortunadamente. La belleza se encuentra enemistada con lo perfecto.

KEPLER.- (Señalando un papel en el que hay dibujado un óvalo) Es insensato. No puede ser así. (Alzando el papel y exhibiéndolo ridículamente al público) ¿Qué es esto? ¡Una joroba! ¡De la perfección del Dios Geómetra a la ascensión de una joroba!

TYCHO.- (Sonriente) Usted nunca me cayó bien, Kepler. ¿Lo sabía?

Kepler queda atónito

MADRE.- (Juglaresca)

La joroba del bufón  
era bella y alargada  
y ganaba la atención  
aún más que sus payasadas.

KEPLER.- (Aún pasmado) ¿Cómo dice?

TYCHO.- (Aún complacido) Usted no se ha tomado la vida en serio. Ha perseguido durante años la perfección de un cielo ilusorio, creyendo que hay una

posibilidad de belleza en el equilibrio riguroso. Y postulando la existencia de una Divinidad Geómetra, se burló llanamente de todo lo que lo rodeaba, de la alquimia, de la astrología, de su madre, de mí, de mi dinero, de mi mujer, de la suya, del dinero de la suya. Se ha servido con voracidad de todo el mundo y de toda disciplina, ya sea que apoyara sus juicios o no, solamente para que sus ideas convencieran al mundo. Y para peor, inmerso en los sólidos perfectos de Pitágoras, se ha perdido lo mejor de la vida. ¿Por qué me tendría usted que caer bien?

KEPLER.- Porque he sido honesto.

TYCHO.- ¿Con sus horóscopos, por ejemplo?

KEPLER.- No me venga con eso. Si el mundo debe comprar mentiras para subsidiar a quienes busquen la verdad, no es mi asunto. Llegará el día en que el mundo descubra que el camino era otro.

TYCHO.- A mí, sin embargo, me parece que habrá en los periódicos más columnas de horóscopos mentirosos que de astrología de verdad. Y mucho menos de astronomía.

KEPLER.- Dependerá del grado de exactitud de nuestro trabajo.

TYCHO.- ¡Pero termínela con esa obstinación! El planeta se moverá por donde le parezca sin atender ningún supuesto.

KEPLER.- El planeta se mueve por alguna razón.

TYCHO.- (Agresivo) Sí, claro, la "voluntad de Dios"

KEPLER.- Búrlese si lo desea. Pero Dios podría usar para sus milagros las causas naturales, y en tal caso los milagros consistirían en que la naturaleza actúe en el momento y lugar justos, valiéndose de las fuerzas y los dispositivos que Él mismo ha diseminado en el Cosmos y en los Cuerpos Celestes.

TYCHO.- Pero el Supremo es el primer virtuoso de la imagen. No puedo creer que haya diseñado el cielo con la perfección que usted reclama. Sería aburrido.

KEPLER.- Pero económico. En la gran economía de Dios, estimo, nada se desperdicia.

TYCHO.- Usted me pone de mal humor. Es una suerte que ya no lo tenga que ver a diario.

KEPLER.- (Elegante) Le agradezco su gentileza. También yo estoy más cómodo sin su permanente regateo de datos.

TYCHO.- No me lo reproche. Lo hice en su propia defensa. La perfección matemática cae irremediabilmente en el tedio, y tarde o temprano también en el absurdo.

KEPLER.- Sólo aquel que ensaya lo absurdo es capaz de conquistar lo imposible.

TYCHO.- ¿En qué quedamos, perfección o absurdo?

KEPLER.- Usted mismo acaba de declarar que son la misma cosa.

TYCHO.- Pero yo hablo de límites, de no llevar las cosas al punto donde ya no tienen sentido. ¿Para qué entregar su tiempo a una causa evidentemente perdida? ¿Qué clase de profundidad cree que va a encontrar en el océano de la estúpida lógica algebraica? ¿Cómo supone que se puede aplicar semejante hastío al encanto del cielo? (Quitándole con violencia el papel con el óvalo dibujado y enrostrándoselo) ¿Dónde está su ahora Divina Perfección Geométrica? Abra los ojos, Kepler.

KEPLER.- Es la mente lo que debemos abrir. Si yo perdí tiempo con la geometría, usted lo hizo mirando hacia arriba, y tomando nota. ¿Y qué tenemos? Una joroba. Una elipse miserable y sin ninguna gracia, como esa que formuló Apolonio en Alejandría.

Pausa. Ambos se sorprenden ante la extraordinaria revelación. Casi tienen miedo de seguir hablando.

TYCHO.- ¿Cómo dice?

KEPLER.- (Turbado, repitiendo con mucho cuidado) Una elipse miserable... como esa que calculó Apolonio de Pérgamo... en Alejandría.

Otra pausa, ambos se miran impávidos. Luego de unos segundos corren hacia la mesa. Catalina decora la acción con un dinámico rasgueo.

KEPLER.- ¡Una elipse! ¡Una estúpida elipse!

Kepler toma el compás y se pone a trabajar sin perder un segundo. Tycho, sin otra posibilidad práctica, mira a los cielos. Dirá datos de memoria, pero Kepler los constatará, como si estuviera solo.

TYCHO.- Marte.

KEPLER.- Sí, Marte obviamente. Año 1586, 21 de julio, distancia...

TYCHO.- (De memoria) Mil cinco.

KEPLER.- (Mira los escritos)... mil cinco. Angulo...

TYCHO.- (Progresivamente maravillado) 180 grados.

KEPLER.- (Mira los escritos)... 180 grados...

Kepler traza un arco y continúa calculando. Tycho mira a los cielos arrobado. De a poco comienzan a divertirse. La Madre y Catalina tocan y cantan.

MADRE Y CATALINA.-

El universo y su edad,  
los planetas, los eclipses,

con movimiento en elipses  
fijó la Divinidad.

Kepler traza otro arco. Su expectación aumenta. Sigue calculando.

El círculo artificioso  
símbolo de perfección  
era una maquinación  
del cerebro riguroso.

Kepler traza un último arco y la elipse cierra. Salta de su silla feliz como no se lo ha visto hasta ahora, acaso baile torpemente. Tycho se alejará e irá cayendo, poco a poco en la pesadumbre.

Lleno de contrariedad  
el hombre mira a los cielos  
y la mujer sufre el velo  
de su leal soledad.

Pero la dificultad  
es habitar en la Tierra  
donde el engaño y la guerra  
nos superan en edad.

Los instrumentos continúan. Kepler se vuelve al público.

KEPLER.- Durante años tuve la solución delante de mis ojos. Pero no la pude ver, obsesionado como estaba en pensar la perfección en forma de círculo. En cierto modo, Tycho tenía razón. El esplendor del universo merecía algo más complejo. A partir de ese momento todas las conclusiones se precipitaron en mi cabeza sin hacerse esperar. Descubrí que el Sol estaba en uno de los focos de la elipse, y que cuando nos precipitábamos hacia él, la velocidad del planeta aumentaba. Una misma fuerza gobernaba todo el universo, como un reloj cuya compleja mecánica se mueve por un solo peso. Había un raro magnetismo en el Sol que nos atraía hacia él y nos expulsaba al espacio, y nos volvía a atraer. El mismo magnetismo que nos mantiene con los pies en el suelo. En suma, no tardé en publicar las leyes del movimiento planetario.

TYCHO.- Que no crean que he vivido en vano.

KEPLER.- (A público) Enojado como estaba con la actitud de Tycho no reconocí mi deuda con él hasta los últimos días de mi vida. Pero tuvo su venganza. Treinta

y seis años después de mi muerte, un inglés llamado Newton se valió de mis leyes para hallar la naturaleza de ese raro magnetismo. Le dio el pomposo nombre de "Ley de Gravitación Universal". Newton, me dicen, fue el talento científico más brillante de todos los tiempos, pero tampoco reconoció su deuda conmigo hasta su muerte.

TYCHO.- Usted me pone de mal humor

CATALINA.- Llegaron dos cartas.

KEPLER.- (Toma una carta y la abre, pero sin leerla se dirige a público) Los descubrimientos de Galileo con su telescopio habían alarmado a la Iglesia (La madre se muerde el labio inferior en señal de resignación) Los obispos declaraban que Galileo había introducido entes demoníacos dentro del tubo, para que parecieran Lunas.

CATALINA.- ¿Qué dice la otra carta?

KEPLER.- ¿Qué otra carta?

Kepler repara en la existencia de otra carta que no ha abierto. La toma y la abre.

MADRE.- (Mecánica) En Würtemberg están todos paranoicos. Hay oleadas de rumores. Las cosas aquí no van...

KEPLER.- (A Catalina) Esta carta es vieja.

CATALINA.- (Señalando un sobre cerrado sobre la mesa) Aquella es la que llegó hoy.

Kepler toma la carta que aún no ha abierto.

KEPLER.- (Mirando el sobre) También de Würtemberg. (Abre la carta y lee)

MADRE.- (Mecánica) Johannes, tu madre ha sido apresada. (Kepler se pone de pie, alarmado) Se llevaron algunas ancianas que viven solas y las acusan de brujería. Tememos que la torturen o la maten. Necesitamos que vengas urgentemente.

Kepler deja caer la carta y se dirige dinámicamente a un extremo de la escena. Catalina levanta la carta queda leyéndola. La madre se aproxima donde Kepler.

MADRE.- (Débil) ¡Verruga!

KEPLER.- Mamá.

Se abrazan.

MADRE.- (Segura) Me van a matar.

KEPLER.- De ninguna manera.

MADRE.- No tengo miedo. Estoy cansada del futuro. Necesito dedicarme a otra profesión, o morir, que es más o menos lo mismo.

KEPLER.- Te morirás de vieja quisquillosa, pero no porque ningún fanático te mate para obtener por la fuerza el poder que no es capaz de obtener de otro modo.

MADRE.- (Agría) ¡Qué bien suena! Cómo te gusta la retórica. Debiste haber sido abogado.

KEPLER.- Esta es una buena ocasión.

Kepler se dirige al centro de la escena. Catalina y Tycho se sentarán detrás de él y a un costado la Madre aguardará con la cabeza baja.

KEPLER.- Señores Miembros del Jurado. No estoy aquí para demostrarles, con métodos científicos, la inexistencia de la hechicería. Los males que sufre la humanidad pueden ser fruto del tratado pecaminoso con el demonio. Y una forma extrema de ese tratado podría ser la brujería, pues la Biblia condena la brujería y la hechicería, no como falsas o fraudulentas, sino por ser en sí una abominación. Mi palabra no irá entonces contra la Biblia. He venido en cambio, para demostrarles que esta pobre mujer, anciana e inepta, es incapaz de realizar uno solo de los hechos que se le atribuyen. Su precaria salud física y mental ha puesto en su boca palabras confusas que han llevado a este Augusto Tribunal a suponerla capaz de ofensas heréticas, para las que no reúne las condiciones indispensables de maldad, y amor por la infamia. En estos tiempos de deslealtad, no sería extraño que este Augusto Tribunal haya atendido denuncias malintencionadas sin advertirlo. Algunos seres execrables usan la denuncia por brujería como escape para culpar de cualquier cosa, hasta desastres naturales y epidemias, a quien les molesta en el camino. Por ello desde hace años la persecución y "caza de brujas" ha enjuiciado y condenado a muerte injustamente a muchas personas, casi siempre las más indefensas.

Se produce un murmullo entre Tycho y Catalina. La madre levanta la cabeza y habla tenuemente

MADRE.- No confíes en nadie, Verruga. O no llegaremos a Levanía.

KEPLER.- Señores Miembros del Jurado. Al concluir mi alocución, comprenderán que esta mujer no ha nunca pactado con el demonio, ni lo ha convocado jamás, ni mucho menos buscado su intervención. Al concluir mi alocución, comprenderán que esta pobre mujer no posee la capacidad para tales alianzas. (Pausa, una mueca de incredulidad se le dibuja de pronto. Su cuerpo se

distiende. A público) Al concluir mi alocución mi madre fue sentenciada a morir en la hoguera. No sé por qué extraña razón creí que los convencería. Totalmente desesperado, logré posponer la ejecución unos días hasta conseguir que mis influencias la anularan. Pero el tiempo pasó, y hubo apelaciones y nuevos juicios, y así, vendiendo mi alma cada vez a demonios más influyentes, como Duques, Condes y Magistrados, logré que cambiaran su sentencia por la de destierro. Este proceso ocupó seis años completos de mi vida. Al finalizar con esa pesadilla, mi posición en el mundo de la ciencia era de un curioso desprestigio. Las costosas influencias que debí mover me dejaron casi al borde del hambre. Así que mi vida no terminó bien. Era de esperarse. Fui científico y viví en un tiempo donde la superstición era mayor que la razón. Mientras pude saqué provecho de ello. Pero el castigo cayó sobre mí implacablemente.

MADRE.- Yo no sabía que lo habías escrito.

KEPLER.- ¿Qué?

MADRE.- El viaje a Levanía.

KEPLER.- ¿De dónde sacaste que lo escribí?

MADRE.- Me contaron los carceleros.

KEPLER.- ¿Y qué te contaron?

MADRE.- Me explicaron que habías escrito un libro donde contabas el viaje a Levanía. ¿Lo hiciste?

KEPLER.- Bueno, no está terminado.

MADRE.- Ya lo ves.

KEPLER.- ¿Pero cómo se enteraron?

MADRE.- Porque nunca me hiciste caso. Me cansé de repetirte que no confiaras en nadie.

KEPLER.- Y ¿qué más sabían?

MADRE.- ¿En el libro hay una madre?

KEPLER.- Sí

MADRE.- ¿Y esta madre es hechicera?

KEPLER.- Sí.

MADRE.- Ay. Es tan simple. Tanta inteligencia, Verruga, te aleja de lo evidente.

KEPLER.- Entonces te encarcelaron por mi culpa...

MADRE.- No lo sé

KEPLER.- ¿Cómo iba yo a creer que podía un tonto libro de ficción...?

MADRE.- Pero ¿para qué lo escribiste?

KEPLER.- Quería convencer de manera entretenida que la Tierra no permanece inmóvil. Traté de verla como la vería un habitante de la Luna. Quería que vieran la verdad a través de una invención.

MADRE.- Como con los horóscopos.

KEPLER.- No sé si con esa invención dije la verdad.

MADRE.- Da lo mismo. Nunca imaginé que ibas a contarlo todo por escrito. No me molesta. Al contrario. Ya no tenemos tradiciones habladas. Es mejor así. Quisiera que me lo leyeras. Quiero saber qué ha quedado de mi historia...

KEPLER.- No está terminado...

CATALINA.- (Canta)

    Cuando el niño era niño  
    buscaba las estrellas.  
    Cuando el niño era niño  
    el cielo lo arrullaba.  
    Cuando el niño era niño  
    quería alas para volar  
    a Levania...

La guitarra no muere.

MADRE.- Cuando te parabas frente al cielo en noches despejadas, te limpiabas los anteojos una y otra vez. Creías que eran tus lentes los que no te permitían ver cada cosa, en cada momento. Me decías: "¿Dónde termina el cielo, mamá?" "En todos lados y en ninguno", te respondía. Y te quedabas mirándome con los ojos enormes, y lentamente volvías la vista hacia arriba. Noches enteras, mientras los otros muchachitos saltaban y corrían por el campo, mi niño volaba a Levania, sin alas. (Cambia. La guitarra se detiene.) ¿Y cómo se llama?

KEPLER.- ¿Qué?

MADRE.- El libro, ¿qué va a ser?

KEPLER.- "Somnium"

MADRE.- (Fatua) Cobarde. Pusiste en un sueño lo que mil veces viste en persona. Tenías miedo de la Inquisición, ¿eh? (Imitándolo burlona) "Nunca aprendí la hipocresía, ni la cobardía"

KEPLER.- Si no hubiera mentido, no estarías aquí conmigo.

MADRE.- En cierto modo era preferible. No tardaré en morir, de todos modos. ¿Y la madre es la protagonista?

KEPLER.- ¿Qué madre?

MADRE.- (Golpeándolo apenas en la cabeza) La del libro, idiota.

KEPLER.- Ah... No, no es la protagonista.

MADRE.- Ajá. ¿Y quién es?

KEPLER.- Un islandés.

MADRE.- ¿Un islandés?

KEPLER.- Un islandés.

MADRE.- Qué exótico. ¿Y qué hace?

Kepler se pone de pie.

KEPLER.- El islandés se entrevista con un famoso astrónomo danés llamado Tycho Brahe.

Kepler salta de su posición, se coloca una gorra e imitando al islandés se dirige dinámicamente donde Tycho. La escena cobrará una recitación impostada y juguetona, ágil y vivaz.

TYCHO.- ¿Qué desea?

KEPLER.- (Pomposo) Viajar a la Luna.

TYCHO.- (Dándole un palo) Muy bien. Tenga.

KEPLER.- ¿Qué es esto?

TYCHO.- El palo de amasar de Rosamunda. Le será muy útil.

KEPLER.- ¿Y que hago?

TYCHO.- Ácelo, y abra los ojos, mi amigo.

KEPLER.- ¿Y entonces?

TYCHO.- (Dedo en el cielo) Los datos están ahí, no tiene más que leerlos.

MADRE.- ¿Cómo te fue?

KEPLER.- No entendí nada.

MADRE.- Era de esperarse.

KEPLER.- ¿A quién recurrir ahora?

MADRE.- A quien debiste recurrir en un principio.

KEPLER.- (A público) Para mi fortuna, mi madre es bruja.

MADRE.- Y además conozco un demonio que habita ese enigmático lugar al que los brujos llamaban Levania, la Luna, y por tanto, sé mucho más que ese Danés.

KEPLER.- Maravilloso. ¿Cuándo podré viajar?

MADRE.- (Llevando una mano a la sien) Eso requiere un largo análisis... Digamos, esta misma noche.

KEPLER.- Extraordinario. ¿Qué debo hacer?

MADRE.- (Mirando en el interior de su vasija, como si leyera en ella) La mejor forma de llegar a Levania es ser transportado por un ánima, valiéndote de la sombra de la Tierra durante un eclipse total.

KEPLER.- ¿Me pondrás alas?

MADRE.- Las alas no sirven para llegar a Levania porque el aire de la Tierra no llega a Levania.

KEPLER.- Ya.

MADRE.- ¿Estás listo?

Catalina se acerca a Kepler. Tycho toca la flauta suavemente.

KEPLER.- Sí, listo. (A Catalina) ¿Quién es usted?

CATALINA.- El mensajero de Capricornio.

KEPLER.- Ah, ¿el ánimo?

CATALINA.- Digámoslo así. ¿Usted va para Levania?

KEPLER.- Sí.

CATALINA.- Muy bien.

Pausa.

KEPLER.- ¿Por qué no avanzamos?

CATALINA.- Debemos esperar la llegada del olvido.

KEPLER.- ¿Del olvido?

CATALINA.- Del olvido.

KEPLER.- (Desorientado) ¿Para qué?

CATALINA.- Es improbable superar el límite de éter y llegar al satélite si usted anda pensando en guerras, pestes, hambre, infelicidad. No se puede estar comprometido con esa problemática y a la vez estar en la luna.

KEPLER.- Ya.

CATALINA.- Pero no se preocupe. El olvido todo lo puede. Cuando usted mira hacia arriba, lo de abajo, sea o no grave, pierde interés.

MADRE.- (A Kepler, ruda) ¿Qué estás haciendo?

KEPLER.- Arreglo con el ánimo los detalles de la navegación.

MADRE.- ¡Te dije veinte veces que no confiaras en nadie! (A Catalina) ¡Fuera, Leviatán!

Catalina se va, refunfuñando.

KEPLER.- ¿Cómo iba yo a saber?

MADRE.- (Tratando de concentrarse) Un poco de silencio, por favor.

Pausa.

KEPLER.- Yo había pensado en unas embarcaciones con velas adecuadas para el vuelo celeste... (la madre lo mira fieramente y Kepler se detiene) Ya.

MADRE.- (Conjurando) ¡Eurínome, el eclipse! ¡Sombra sobre Levania! ¡Sombra sobre Levania!

KEPLER.- No logro entender, ¿por qué un eclipse?

MADRE.- (Veloz, hastiada) Porque fuera de la protección del capuchón de aire terrestre, el calor del Sol te calcina, ¿entendés?, te deja como un cochinito al

brasero... o como una bruja en la hoguera... Con el eclipse no hay Sol, no hay fuego, no hay hoguera, y podés cruzar sin quemarte. ¿Puedo seguir?

KEPLER.- Sí, claro.

MADRE.- (Conjurando) ¡Eurínome, el eclipse! ¡Sombra sobre Levanía! ¡Sombra, sombra, sombra!

La luz decrece, como en un eclipse. El hechizo comienza.

KEPLER.- (Con ojos cerrados) La inmensidad es oscura. Me acerco con ligereza. Ahí está, blanca y radiante, evadiéndome o siéndome indiferente. Voy, alado. Yo pasé noches mirándola desde mi hogar planetario, y ahora en la inmensidad del espacio, ya casi la alcanzo.

MADRE.- (Conjurando) ¡Levanía...!

La luz vuelve a invadir la escena.

KEPLER.- Entro en la órbita de la Luna.

MADRE.- (Con ojos cerrados) ¿Cómo es?

KEPLER.- Es un paraje lleno de ríos y de una especie de vegetación extraña de grandes dimensiones, que crece con extraordinaria velocidad. ¿Por qué será?

MADRE.- Porque el día lunar es muy largo y todo se calcina.

KEPLER.- Pero esto es bueno, porque esta materia calcinada es el alimento de los habitantes del lugar.

MADRE.- (Entusiasmada, a su vez, ya como una niña) ¿Cómo son estos habitantes?

KEPLER.- Parece que no tienen casas y que algunos caminan durante mucho tiempo, lo que los hace más resistentes que los camellos. Otros usan barcas y con ellas vagan por los ríos lunares y, por último, existen otros pobladores que viven bajo las aguas, reteniendo la respiración por días. Las aguas donde residen estas criaturas son frías en todo momento, aunque durante el día lunar la superficie de los ríos hierve.

TYCHO.- (Metiéndose súbitamente en el relato) ¿Y hay nubes?

El hechizo se detiene un segundo. Todos miran a Tycho.

TYCHO.- Digo.

El hechizo prosigue.

KEPLER.- Nunca hay nubes. El cielo lunar es traslúcido. Los días y las noches lunares tiene catorce días terrestres cada una.

MADRE.- (Sonriendo) ¿Catorce?

KEPLER.- Catorce.

TYCHO.- ¡Extraordinario!

KEPLER.- Los habitantes se exponen al Sol como serpientes y quedan negros. Como viven todos juntos, nosotros vemos manchas oscuras desde la Tierra.

MADRE.- ¿...y en las catorce noches?

KEPLER.- (Arrobado) Ah, ocurre algo maravilloso.

Pausa. Kepler sonrío, casi congelado.

LOS OTROS TRES.- ¡¿Qué?!

KEPLER.- En la larga noche de catorce noches, los habitantes de la luna salen a pasear por la oscuridad amiga. Casi no hay luz, así que las estrellas brillan como soles. Nunca hay nubes. Salen en grupos y se preparan para ver, porque en el cielo limpio, cruzándolo como un pájaro gigantesco y lento, aparece un globo ancho, celeste y orondo. La Tierra enorme, que con su vuelo tardo deslumbra a todos y cada uno durante días. Es mucho más grande, más compleja y más bella que Levania.

La música cambia. La madre, abandonando el juego:

MADRE.- Cuando el niño era niño alzó la vista al cielo y buscó en él verdad, la causa, el significado de lo que somos. Lo infinito alarmaba sus noches, así que, muy a pesar de su terca necesidad de exactitud, levantaba vuelo con su imaginación, y ella lo llevaba a las estrellas.

Un hálito de nostalgia invade la escena. La música seguirá con infinito encanto las palabras de Kepler. Los otros lo escucharán con interés.

KEPLER.- (A público, entregado) Yo, alcé la vista y medí los cielos. En una contemplación de ningún modo pacífica, sino llena de inquietud, llena de poder e impotencia, yo alcé la vista y medí los cielos. Quise entender la obra de Dios, seguro de que al fin de cuentas una lógica diáfana articulaba toda la creación. Lo conseguí en parte. Pude desentrañar la conducta de los astros, aunque no su naturaleza. Perdí por ello casi todo lo que obtuve en muchos años de esfuerzo. Fui más afortunado que otros, que murieron en el intento de contar lo que veían en las estrellas, o debieron renunciar a todo lo que sabían para preservar la vida. Mi aflicción más dolorosa fue ver como mis libros se quemaban, pues sentí las

llamas abrasando mi propia piel. Mi colega Tycho Brahe murió en la abundancia, temiendo no ser recordado. Yo me extinguí en la pobreza seguro de que me recordarían, pero profundamente infeliz. Casi logré establecer el delicado equilibrio que gobierna los cielos, pero no pude saber nada del equilibrio humano, aquel que permite una evolución próspera y pacífica a lo largo del tiempo que dura la vida. Y mientras el dolor sujetó mis pies a la tierra y me tendió trampas por doquier, yo alcé la vista y medí los cielos. Fue mi recurso, tal vez extravagante, de hallar algo de felicidad. Antes de morir, traté de burlarme de mí mismo. Esa era la mejor lección que me había enseñado el genio de la observación Tycho Brahe. Mi burla fue componer mi propio epitafio. Hoy no puede leerse. Mi tumba fue arrasada por la guerra de los Treinta Años. Pero yo lo recuerdo... y mi memoria puede hoy escribirlo de nuevo, para ustedes. Bajo la cruz solitaria puede leerse: "Medí los cielos y ahora mido las sombras. Mi cuerpo descansa en la Tierra. Mi mente tuvo por límite el infinito. Johannes Kepler, 1571, 1630".

La música se detiene. Kepler baja la vista.  
Apagón

Enrique Papatino. Correo electrónico: [epapatino@gmail.com](mailto:epapatino@gmail.com)

Todos los derechos reservados  
Buenos Aires. 2011

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral  
Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar).  
Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)